

EL SER Y EL PROCEDER DEL PARTIDO POPULAR

El 21 de junio de 2008, en Valencia, al proponer la renovación de su candidatura como presidente del Partido Popular, Mariano Rajoy estableció con claridad lo que deseaba conservar y lo que deseaba modificar en los próximos años con respecto a su etapa anterior, iniciada en 2003. Quería mantener los principios, las convicciones y las políticas de siempre, “el rumbo”, porque cada día era más claro que el Partido Popular había hecho un diagnóstico certero sobre lo que ocurría en España y sobre la incapacidad del Partido Socialista para hacerse cargo de los problemas del país. Pero quería modularlos atendiendo a una “modificación de los procedimientos”, para que se pudiera pasar del hecho de “tener razón” al hecho de que “nos den la razón” en medida suficiente para ganar las elecciones.

Ese cambio en el proceder implicaba tres cosas. La primera, mejorar la comunicación para hacer llegar correctamente la verdadera imagen del partido, deformada por las campañas de la izquierda y del nacionalismo que lo caracterizaban como extremista. La segunda, “no ser ni pa-

Miguel Ángel Quintanilla Navarro es director de Publicaciones de la Fundación FAES.

recer monotemáticos”, de manera que las amenazas terroristas y los desafíos a la unidad de España cedieran su protagonismo a otras cuestiones de mayor rendimiento electoral y de mejor acoplamiento con la España real. Y la tercera, iniciar una nueva etapa de disposición al diálogo con los nacionalistas que permitiera romper el aislamiento y la falta de interlocución y de capacidad de llegar a acuerdos que el partido sufría. El partido debía ensanchar su caudal de votos erradicando los prejuicios creados sobre él; debía dejar de “recrearse en la contemplación de sus principios” para poder convencer a una mayoría de españoles; y debía lograr que se dejara de decir de él que permanecía “ajeno al sentir de algunas partes de España”.

El resultado de todo esto debía ser un partido “grande, unido y de centro”, definido el centro “no como una ideología ni como una doctrina política, sino como la voluntad de sacar el mejor partido de las cosas, sin prejuicios doctrinarios”.

Si el centro era eso, el centrismo se concebía como una adaptación del partido a la realidad, parcialmente incomprendida, ignorada o desatendida hasta entonces por el PP, y como la vía hacia la mayoría indispensable para gobernar, especialmente en algunos territorios¹.

Reflexiones parecidas sobre las sociedades europeas salidas del derrumbe del Muro y sobre su lábil relación con las convicciones fueron teorizadas desde los órganos del partido –antes y después de Valencia, destacadamente desde las secretarías de Estudios y de Cultura– como avance ideológico novedoso de un cierto tipo de liberalismo, como modernización indispensable de una ideología de base del Partido Popular que había sido elaborada antes del cataclismo europeo de 1989 o poco después y que por tanto –se decía– no incorporaba los gustos ni las mudanzas que las sociedades abiertas habían producido en las últimas décadas.

¹ Intervención de Mariano Rajoy en el acto de proclamación de candidatos, XVI Congreso del Partido Popular, Valencia, 21 de junio de 2008. *Passim*.

Es aquí, precisamente, en la base ideológica de fondo que soporta las decisiones del Congreso de Valencia, donde se concentra la inevitable tensión entre el cambio de los procedimientos y la permanencia del ser del Partido Popular, y donde con más claridad se perciben las implicaciones reales del cambio político que se inició. El PP debía seguir siendo liberal y seguir teniendo convicciones, pero se trataba ahora de un liberalismo distinto y de convicciones armonizadas con él y con los procedimientos que se debían adoptar para poder ganar elecciones.

La base ideológica del PP desde 1989 hasta 2008 había sido una síntesis –o una convivencia– entre al menos liberalismo, conservadurismo y democracia cristiana. Un fondo ideológico que había perdido modernidad, porque mostraba una resistencia a adoptar la neutralidad moral como posición por defecto que resultaba poco presentable en Europa; mostraba también una voluntad de gobierno, una disposición al ejercicio real del poder dentro del Estado de derecho, como compulsión legítima y vinculante sobre la vida de otros, que lo hacían derrapar sobre la deslizante superficie de las sociedades posmodernas y post-Muro.

La nueva izquierda que representaba Zapatero sí había comprendido esos cambios sociales de fondo y eso explicaba su reelección –se decía– a pesar de su incompetencia. También él había tenido que establecer distancia con respecto a la etapa de González, llegando incluso a declarar “muerto” a aquel viejo PSOE. Frente a su agenda de republicanismo cívico confortable y bien acomodado a las nuevas y variadas formas de vida, el PP se reflejaba en el espejo que sus oponentes le mostraban como un partido incapaz de evolucionar. Y pensaba que esa era su verdadera imagen.

El “nuevo liberalismo” del PP señalaba como intromisión arbitraria e intransigente, “reaccionaria” y “trasnochada”, cualquier intento de demarcar, evaluar o tipificar preferencia personal alguna de orden moral o del tipo que fuera, aun cuando esta reclamara que los recursos públicos se volcaran sobre ella. Pedía, en realidad, la suspensión, o al menos la minoración, del juicio ético-público, como rito y ofrenda de iniciación del Partido Popular a la política moderna, de la que estaba ausente. A esto,

que es mucho más que un simple cambio en los procedimientos y que incoaba un retrainamiento político práctico *a priori*; se fiaba el futuro del centro-derecha español, sus posibilidades de contactar con una mayoría social del siglo XXI.

No obstante, pese a esas protestas de neutralidad y de inhibición en el terreno de las convicciones, sí había en ese nuevo liberalismo popular una convicción explícita. Y nada moderada, aunque paradójica: la convicción de que el cambio social se encuentra disociado de la acción política guiada por convicciones, la convicción de que la sociedad española –y con ella las demás europeas– sigue su propio curso sin que nadie lo marque (“a lo suyo”), y el político posibilista y pragmático –tipo político mejor que el que se guía por principios abstractos–, no tiene más que seguir su corriente para tener éxito. Entendiendo por éxito ganar las elecciones, una nítida confusión entre *output* y *outcome*, entre instrumentos y resultados de la política. De hecho, como ha quedado acreditado en 2008 y en 2011, una victoria electoral a destiempo o mal comprendida puede ser una poderosa herramienta de destrucción de un partido político.

Había, pues, en el nuevo liberalismo del Partido Popular mucho más que nuevos procedimientos, había una convicción fuerte que podía transformar el ser del partido.

Se trataba de una convicción que ya había sido desmentida en cuestiones esenciales, como la lucha contra el terrorismo, el orden económico o el peso europeo de España, políticas impulsadas inicialmente contra la inercia sociológica a partir de 1996. Pero a nada de esto se consideró necesario aludir entonces, inicio de un error de desmemoria e incluso de “contramemoria” que ha ido profundizándose y extendiéndose hasta hoy.

Porque lo cierto es que el tránsito ideológico y de procedimientos iniciado en el Congreso de Valencia ha sido un proceso fallido. Ese tipo de política nueva que se ha querido abrazar desde 2008, adaptada a una sociedad aparentemente ordenada alrededor de una gran mayoría de gentes sin convicciones, ha quedado en evidencia en los últimos años en España

y en todas las sociedades supuestamente arribadas a ese estado superior de liberalismo descreído.

El ánimo político de la sociedad española ha cambiado drásticamente en los últimos cuatro años, y no parece que los mejor adaptados a ese nuevo escenario sean precisamente quienes menos densidad propositiva han exhibido ni quienes menor afirmación de sus convicciones han hecho públicamente. De hecho, no parece que fuera precisamente el voto templado y razonador el que otorgara a Zapatero la victoria de 2008, sino más bien un voto radical y antisistema que confluyó alrededor de un proyecto de gobierno poliédrico, que luego ha encontrado en otras siglas el mejor modo de continuar activo.

En realidad, la dialéctica entre vieja y nueva política parece más desenfocada cada día, porque han sido las remasterizaciones “poperas”, “hipster”, “trendy” o “casual” del PSOE y del PP las que se han estrellado aparatosamente en las urnas, por comparación con las versiones originales.

Lo que se viene denominando nueva política, descontando la inevitabilidad de su proyección mediante soportes digitales y de red, presenta una claridad propositiva y un anclaje ideológico notablemente superiores a los de su oponente. Mucho más reconocibles en los ejes esenciales de la política occidental: qué y quién es bueno, y qué y quién es malo para una sociedad.

Esto mismo vale para Europa. No estamos ante la supuesta apoteosis y hegemonía de la nadería militante, valga la paradoja. Estamos, para empezar, ante la vuelta de Marx y ante todo tipo de versiones fuertes de sectarismos, nacionalismos, radicalismos y populismos. Estamos ante un desbordamiento de lo que los grandes partidos sabían encauzar hasta hace unos años. Y si algo caracteriza hoy a las sociedades europeas no es la convergencia política hacia un espacio vacío de convicciones y lleno de votantes, sino la fractura, la polarización y la desaparición progresiva de los grandes partidos clásicos, que han trabajado suponiendo un tipo de sociedad con política de baja intensidad que se ha revelado inexistente y que ahora tienen que ver qué hacen para sobrevivir. Porque los problemas no son de baja intensidad.

Aquella lectura del momento europeo de 2008 fue, sencillamente, un error intelectual que arrastró a un error político. La convicción de la política sin convicciones no da más de sí.

Porque una convicción política –cuando lo es dentro de la democracia, como debe serlo– no es un adoquín ni un trozo de metralla, sino la conclusión estable pero siempre en revisión (en esa permanente tensión entre la consolidación como creencia privada y social y la disolución hacia la idea y la duda, por emplear las referencias clásicas de Ortega) de un proceso de razonamiento que compromete la inteligencia y los afectos propios y de otros, que equilibra la afirmación de la propia voluntad y el respeto hacia la de los demás, que emerge de una conversación social amplia y larga, de unas tradiciones y de unas esperanzas que siempre son de muchos, entre otras cosas importantes. Al desear la presencia de convicciones en la política no se pretende más que su humanización, porque es con convicciones como vivimos en todo siempre –salvo quizás, como drama, en las crisis radicales–, como manifiesta la paradoja del nuevo liberalismo, dogmáticamente convencido de su escepticismo.

Y además de un error intelectual, aquella lectura del momento europeo fue muy inoportuna. Porque si nunca es deseable una política sin juicio moral activo y con efectos prácticos sobre la redacción de la ley y sobre el uso del poder, es que resulta imposible cuando el sistema de seguridad occidental revela todas sus vulnerabilidades y exige ser fortalecido con urgencia, y cuando el escenario fiscal y la demografía obligan a jerarquizar políticas y gastos conforme a algún principio sólido y comunicable, comprensible por la sociedad sobre la que impacta.

El desfallecimiento del proyecto político popular durante la legislatura iniciada en 2011 tiene su origen precisamente ahí, cuando se aupó a ese nuevo liberalismo paradójico –llamémoslo así–, que decidió des-moralizarse justo cuando se iniciaba la gran batalla de la crisis y del mundo post 11-S, y que al hacerlo se inhabilitó de raíz para bregar con un conflicto social indiscutiblemente situado en el terreno ideológico duro, y en el de la elección urgente y con criterio de políticas éticamente orientadas y obligatoriamente escenificadas de cara al público.

Si ajustar es hacer justo, se pone rumbo al charco moral y al pantano electoral cuando solo se dispone para ello de la escasamente operativa idea de que un proyecto político ha de ser “un espacio de encuentro para los que comparten una longitud de onda moderada y centrada en torno a un liberalismo igualitario que trata de sintonizar con la compleja fisonomía ideológica y afectiva que irradian las sociedades abiertas después del derribo del Muro de Berlín”². La vida real, como siempre, ha pedido mucho más que eso. Una cosa es una sociedad abierta y otra muy distinta una sociedad abierta en canal, sin referencias, sin criterios y sin propósitos. Eso no es lo que un liberalismo solvente pretende ni promueve.

No son suficientes los que responden a ese reclamo a la hora de la verdad, es decir, a la hora de votar, y alguna pista sobre ello puede dar el hecho de que a un mes de las elecciones generales de 2015 y vistas las tendencias de voto, se pasara del aplauso por el abandono relativo de los temas relacionados con el terrorismo y con la unidad nacional en 2008 a una precampaña sobrevenida y apoyada intensamente en la lucha contra el terrorismo y en la defensa de la unidad de España como puntos fuertes por experiencia histórica del Partido Popular frente al resto de partidos. Transitoriamente, quizás hasta que se hicieron explícitas las exigencias hacia el interior y hacia el exterior.

De algún modo, parece pervivir un tropismo natural en el PP capaz de orientarlo instintivamente hacia puerto ideológico seguro cuando se produce una tormenta que azota la vida pública, aunque pronto esa lucidez quede eclipsada por otras reflexiones y por unos procedimientos que la priven de cualquier virtualidad política significativa.

Las cosas han resultado ser bastante claras, pues: llegada la crisis y obtenido por ello el gobierno, no se disponía de una propuesta capaz de abordar la ineludible restricción presupuestaria forzada no por los excesos del liberalismo antipático sino por los de la posmodernidad simpática. Nada con lo

² José María Lassalle, “Liberalismo antipático”, *El País*, 21 de abril de 2008.

que ayudar a que la vida social esquivara el miedo, la anomia y la corrupción, precisamente porque disponer de esa propuesta y de cuanto se necesita para darle operatividad práctica se consideraba ahora algo inapropiado, antiguo, carca: una idea de comunidad política basada en valores y propósitos compartidos, afirmados y considerados mejores que los demás. Algo capaz de transformar el sufrimiento en sacrificio y de mantener unido al país en torno a una empresa superior mientras las reformas indispensables eran abordadas con alguna intención comprensible. Algo con lo que diferenciar lo bueno de lo que no lo es, lo verdadero de lo que no lo es, un criterio de civilización.

No la mera idea de que ser español es un buen negocio en el largo plazo, o la promesa de un espacio privado donde ir cada uno a lo suyo y nada más, o la propuesta de que debemos resignarnos a ser lo que nos podemos pagar. Porque siempre existen cosas distintas que cuestan lo mismo y porque es esa, precisamente, la cuestión esencial que todas las sociedades tienen que resolver a cada paso: distinguir el precio del valor.

Sobre esta convicción –la de que el precio de las cosas no necesariamente coincide con su valor social, y que por tanto se puede gastar menos y a la vez mejorar la sociedad– se trazó el camino que marcaba el PP en su programa electoral de 2011, lo que se resumía en el “más sociedad, mejor gobierno” y en el “hacer más con menos”. Pero ese programa, que era coherente con la base ideológica del PP hasta 2008 y con la experiencia real³ de gobierno, no lo era con el nuevo liberalismo. Su abandono en algunas cuestiones esenciales tiene esta causa de fondo. Se trata, por tanto, de un asunto de cierta altura política que no debe despacharse ni con un señalamiento de las personas ni con una mera imputación de “debilidad”, “desatención”, “oportunismo” o mera “conveniencia”, porque afecta a algo más importante, a la ideología y a la base misma del proyecto del Partido Popular.

La paradoja en la que hemos vivido desde entonces ha sido que se abriera paso un nuevo liberalismo proactivo en la promoción de las “identidades” que tratan de establecer una relación privilegiada con las instituciones en vir-

³ Véase para esto *Los indicadores del cambio*, Fundación FAES, 2006.

tud de su mera existencia y que fracturan la idea y la práctica de la nación cívica. Es decir, identidades dedicadas simultáneamente a facturar y a fracturar al Estado. De las 36.000 manifestaciones convocadas en España en 2014, la mitad lo fueron por “asociaciones ciudadanas” u “otros”, categorías que no incluyen ni partidos, ni sindicatos, ni estudiantes, ni trabajadores, ni inmigrantes, ni ecologistas, ni siquiera grupos independentistas⁴. Si no son nada de esto, ¿quiénes son? ¿Qué quieren? Y, sobre todo, ¿por qué tienen la esperanza de conseguirlo? ¿Qué cultura política se ha venido creando desde 2008, de manera transversal? Paradójico es parecer a la vez partido de recortes y partido de impuestos y de deuda.

La paradoja, y también lo es del nuevo liberalismo, ha sido encontrarse con una rara predisposición hacia pretensiones diferenciadoras de gusto neostamental, para obtener como retribución por ello el vaciamiento del partido en Cataluña y en el País Vasco, entre otros.

La paradoja, en suma, ha sido asistir a un liberalismo nuevo que 1) afirmaba el deber teórico de la virtud pública y 2) cifraba el contenido de la virtud pública en el reconocimiento de la incapacidad de la política para valorar, preferir y promover nada concreto en lugar de otra cosa salvo por su rendimiento electoral imaginado en un tipo de sociedad que no existía. Que es la base de la agenda social y de los nuevos derechos heredada del zapaterismo para “hacer”, “construir”, “crear” –y no para “reconocer” o “aceptar”– la sociedad del siglo XXI. Actitud que priva de valor y de sentido a la nación política, y que la deja desprotegida ante quienes la maltratan. Y que hace que gobernar sea mucho más difícil.

La agenda de nuevos derechos ha avanzado a medida que sus partidarios han ido formulando una y otra vez la pregunta que paraliza y derrota al liberalismo paradójico: “¿Y por qué no?”

Pero esa no era una pregunta difícil hasta no hace mucho tiempo. ¿Por qué no?: porque “derecho” es herramienta de ciudadanía, no para

⁴ Anuario estadístico del Ministerio del Interior, 2014.

la perpetuación de nuevas minorías, colectivos o tribus urbanas con patrocinio público. Porque “nuevo derecho” expresa la pretensión de tener un derecho a no ser ciudadano como todos y eso no es admisible en una lógica de política nacional. Porque daña el proyecto político de la modernidad ilustrada en lo que tiene de respetable, que es mucho. Porque lo que el Estado debe hacer con las minorías es incluirlas aunque eso tenga un coste económico, no reconocerles un derecho a la exclusividad, especialmente cuando tiene un coste económico. Por todo esto, a veces mejor no.

El error del nuevo liberalismo paradójico ha sido confundir un programa político transitoriamente exitoso en las urnas destinado a hacer realidad un cierto tipo de sociedad –eso era el zapaterismo–, con una descripción académica neutral del estado de cosas permanente en nuestra sociedad, que había que admitir como tal para tener alguna expectativa política. Y ahí está el resultado, para el PSOE y para el PP.

El problema de base, el que detona todo este proceso, es la hipersensibilidad ante cualquier imputación de autoritarismo que se pueda recibir, incluso preventivamente. Lo que impide afirmar sin excesos pero sin angustias un programa de gobierno estrictamente partidista, es decir, con vocación de servir al interés general. Porque partidista no es lo mismo que sectario.

Y, derivada de esa afección, la costumbre de confundir un programa político con un sistema político y de pensar que la garantía de pluralismo, que se ha de exigir y que se ha de cumplir siempre cuando se trata del sistema que alberga a todos los partidos, ha de estar presente también en igual medida en el programa de un solo partido. Lo que conduce a que la concreción sobre las opciones fundamentales se limite a una adhesión genérica a todo aquello que sea constitucional, sin más indagación, y a mantener una relación incómoda y desangelada con el propio programa y por tanto con los electores.

Esto a pesar de que el programa, cuando está bien hecho, ayuda mucho más que entorpece. Por ejemplo, el PP asumió ante la opinión pública estar

traicionando su programa al modificar los impuestos porque era necesario para cumplir con los compromisos europeos (“yo no quisiera, pero no hay más remedio”), cuando lo que el programa afirmaba literalmente en su página 43 era que “el ritmo de aplicación de la reforma se acompañará al cumplimiento de los compromisos con los socios europeos de reducción del déficit y a los objetivos de reducción del gasto público”.

Esa confusión entre las bases del sistema y la posición concreta que el partido ocupa dentro de él no tiene que ver con un respeto superior hacia las posiciones de los demás, sino con una defectuosa comprensión de la naturaleza de la política democrática liberal, entendida como la entiende el constitucionalismo contemporáneo en todo el mundo occidental. Y tiene que ver con una vivencia de la política como un “ser yo reconocido por tí”, más que como un “ser tú convencido por mí”. Y por tanto con la vivencia del fracaso político como la consecuencia de proyectar una imagen distorsionada de lo que se es –“un problema de comunicación, porque si nos conocen seguro que les gustamos”–, y no como la consecuencia de proporcionar malos argumentos sobre lo que se opina o de tener razones poco convincentes sobre lo que se ha de hacer ahora. Incluso parece ocasionalmente emerger como un eco orgánico o tecnocrático, una incomodidad con lo conflictivo por innecesario y poco inteligente, una pérdida de tiempo impropia de la gente que tiene la cabeza en su sitio. Algo que profundiza aún más la desconexión con el votante.

Pues bien, todo este relato ha producido un desenlace claro a lo largo del año 2015. Y no principalmente por el desgaste de la gestión de la crisis. Se debe recordar que las de 1996-2004 fueron legislaturas de presión de la calle organizada contra el Gobierno y contra el partido, de violencia terrorista, de hostilidad mediática y de tensión internacional en nada comparables cualitativamente a las que se han producido en los últimos cuatro años.

Entre 1996 y 2000 existió un Partido Socialista con 141 diputados que ejercían una oposición real a los 156 populares. Ha habido contestación en la calle, sin duda, pero no ha habido un “Prestige”, un “Plan hidrológico” o una “Guerra de Irak”. Al contrario, lo que ha habido ha sido una canali-

zación institucional y partidista del malestar que se registró en las calles muy al principio. Esta no ha sido una legislatura especialmente corrosiva desde el punto de vista del contexto social, contra lo que puede parecer en algunas ocasiones.

Por ejemplo, el número de horas de trabajo perdidas en el mes de noviembre de 2003 fue de 1.995.323, mientras que el número de horas perdidas en noviembre de 2015 (último dato disponible en el momento de escribir este texto) ha sido de 516.790. El número de trabajadores en huelga fue de 153.485 en noviembre de 2003 y de 4.961 en noviembre de 2015. Y lo que es más importante desde el punto de vista político, las huelgas afectaron, respectivamente, a empresas cuyas plantillas sumaban 627.074 y 33.567 trabajadores⁵. Más aún, si se consideran solo las huelgas estrictamente laborales las horas perdidas pasan a ser 386.216 y 392.126, lo que significa que en noviembre de 2003 el Gobierno del PP soportó 1.609.107 horas de trabajo perdidas en huelgas no laborales, es decir, de contenido político, mientras que en noviembre de 2015 se han soporado 124.664 horas.

Así pues, lo que ha conducido al PP hasta aquí no es un simple contexto particularmente hostil, sino principalmente una serie de decisiones adoptadas primero en 2008, y, después, en 2012, cuando se hizo del proceso electoral y del programa de 2011 un paréntesis en el cambio político de fondo que ha sido expuesto. Legítimo y sin duda bien intencionado, pero necesariamente evaluable en sus resultados.

Fueron decisiones que podían haberse evitado con la sola precaución de haber prestado atención a lo que la izquierda más solvente dijo sobre los resultados de aquellas elecciones de 2008 y sobre quién había ocupado mejor el centro político en aquella ocasión.

La izquierda académica mostró entonces su sorpresa y su incapacidad para comprender cómo lo que ella denominaba “estrategia de la

⁵ *Informe de Conflictividad Laboral*, CEOE, noviembre de 2015.

crispación” había podido obtener el premio electoral del voto centrista. Porque lo cierto es que en 2008 el PP ganó el centro. Mariano Rajoy ganó el centro. Julián Santamaría, por ejemplo, escribió: “Pero ¿qué pudo inducir a los votantes moderados del PSOE a cruzar la barrera y votar al PP?... ¿Qué fue lo que pudo impulsar a ese grupo de votantes en posiciones fronterizas con el centro-izquierda a dar ese paso?”. Esa era la pregunta que la izquierda ilustrada se hacía, y no otra sobre por qué los votantes del PP se habían pasado al PSOE, porque nunca ocurrió tal cosa, como muestran los siguientes gráficos referidos a las elecciones de 2008⁶.

CUADRO 1

A qué partido vota cada ideología (en % verticales)

	Total	Izquierda (1-2)	Centro- izquierda (3-4)	Centro (5-6)	Centro- Derecha (7-8)	Derecha (9-10)	NS/NC
PSOE	32,0%	54,5%	64,7%	18,7%	1,4%	3,3%	14,2%
PP	29,3%	0,8%	2,5%	40,2%	82,8%	86,5%	18,4%
IU (ICV en Cataluña)	3,1%	17,1%	4,9%	0,5%	0,1%	0,0%	0,8%
UPyD	1,1%	1,2%	0,6%	2,3%	0,4%	0,0%	0,4%
CiU	2,9%	0,0%	2,5%	5,3%	2,9%	0,0%	0,6%
ERC	1,0%	3,9%	2,3%	0,1%	0,0%	0,0%	0,0%
PNV	0,7%	0,2%	0,8%	1,4%	0,1%	0,0%	0,2%
BNG	0,5%	1,7%	1,0%	0,2%	0,2%	0,0%	0,0%
CC	0,4%	0,2%	0,1%	0,9%	0,3%	0,0%	0,1%
EA	0,1%	0,0%	0,2%	0,1%	0,0%	0,0%	0,1%
CHA	0,2%	0,3%	0,3%	0,3%	0,0%	0,0%	0,0%
Na-Bai	0,2%	0,2%	0,5%	0,1%	0,0%	0,0%	0,1%
Otros partidos	1,7%	3,3%	1,9%	1,7%	0,8%	0,0%	1,5%
En blanco	0,8%	0,1%	0,6%	1,1%	0,4%	0,0%	1,6%
Abstención y votos nulos	26,0%	16,6%	17,1%	27,3%	10,6%	10,2%	62,0%
Total	35.073.179	2.615.267	10.680.211	10.987.558	4.728.944	793.325	5.267.874

⁶ **Ricardo Montoro.** “Análisis de las Elecciones Generales de 2008. Encuesta postelectoral del CIS”, *Cuadernos de Pensamiento Político*, nº 22, abril-junio 2009.

CUADRO 2

A qué partido vota cada ideología (en número aproximado de personas)

	Total	Izquierda (1-2)	Centro- Izquierda (3-4)	Centro (5-6)	Centro- Derecha (7-8)	Derecha (9-10)	NS/NC
PSOE	11.229.123	1.425.753	6.911.873	2.050.027	67.611	26.398	747.460
PP	10.271.841	20.791	265.542	4.414.459	3.917.157	686.073	967.818
IU (ICV en Cataluña)	1.074.680	446.250	528.077	53.094	3.853	0	43.406
UPyD	391.677	32.649	64.247	255.053	18.080	0	21.647
CiU	1.018.219	0	266.848	579.584	138.461	0	33.326
ERC	351.438	100.756	245.067	5.614	0	0	0
PNV	251.024	4.256	80.748	153.541	4.345	0	8.133
BNG	173.971	45.763	103.258	16.646	8.305	0	0
CC	136.995	4.193	14.360	98.108	15.251	0	5.084
EA	41.485	0	23.715	14.151	0	0	3.619
CHA	66.257	6.997	27.989	31.270	0	0	0
Na-Bai	67.274	5.745	50.040	5.745	0	0	5.745
Otros partidos	599.623	86.561	208.051	188.958	37.101	0	78.952
En blanco	289.173	2.536	68.125	116.944	17.330	0	84.238
Abstención y votos nulos	9.110.401	433.016	1.822.271	3.004.365	501.449	80.853	3.268.447
Total	35.073.179	2.615.267	10.680.211	10.987.558	4.728.944	793.325	5.267.874

Las posibles razones, a juicio de Julián Santamaría, eran diversas y complejas, porque “el hecho es que los antiguos votantes del PSOE que votaron en 2008 al PP son ideológicamente moderados, situados en posiciones muy próximas al punto central en la escala de la autoubicación ideológica. Lo lógico es que estos votantes se sientan atraídos por partidos con actitudes y ofertas políticas moderadas, por lo que la estrategia de la crispación parece la menos adecuada para seducirlos”. Curiosamente, su hipótesis es que lo que atrajo voto socialista moderado hacia el PP fue la fortaleza de sus posiciones en los asuntos relacionados con la cuestión territorial y con la política antiterrorista: el votante que ha abandonado al PSOE para votar al PP “aun suscribiendo y respaldando las políticas sociales promovidas por el Gobierno, se habría sentido más atraído por la actitud de la oposi-

ción ante cuestiones como el Estatuto Catalán y la política antiterrorista⁷. Esto no lo entendió así el Partido Popular.

La Fundación Alternativas tituló su Informe sobre la democracia en España/2008 de este expresivo modo: *La estrategia de la crispación. Derrota, pero no fracaso*, e indicó que “la estrategia de la crispación había tenido un efecto no menor en el proceso electoral, al privar a los socialistas de una parte del voto del centro del que disponían al principio de la legislatura y que, eventualmente, podría haberles dado la mayoría absoluta en los comicios del pasado mes de marzo”⁸. Añadía, además, que “el PSOE consiguió repetir la victoria gracias a los apoyos de los votantes nacionalistas y a la movilización de la izquierda. No parece, sin embargo, que haya recuperado la fuga de votos en el centro que se produjo como resultado de las reformas estatutarias. El discurso territorial del PP parece haber calado, provocando algún trasvase de votos desde el PSOE”⁹. Tampoco esto lo entendió así el PP.

José María Maravall explicó que “la crispación rompió al electorado moderado”, y que “pese a la extraordinaria crispación que generó su estrategia, (el PP) mostró una considerable fortaleza en el electorado moderado”¹⁰. Una vez más, nada de esto estuvo presente en las reflexiones del PP en su Congreso de Valencia.

Un último ejemplo. *El Viejo Topo* tituló entonces a la vista del resultado electoral: “¿Por qué los trabajadores votan a la derecha?”¹¹. Entre quienes asumían la premisa, reflexionaban sobre ello y ofrecían su respuesta a la revista, se encontraba Juan Carlos Monedero: “Entre una izquierda que muere y una izquierda que bosteza, ¿porqué no van a votar los trabajado-

⁷ Julián Santamaría y Henar Criado: “9-M: elecciones de ratificación”, en *Claves de razón práctica*, n° 183, páginas 47 y 48.

⁸ Fundación Alternativas, *Informe sobre la democracia en España/2008. La estrategia de la crispación: derrota, pero no fracaso*, página 12

⁹ *Ibidem*, página 58.

¹⁰ José María Maravall: “Las estrategias de crispación bajo Felipe González y Zapatero”, en *Claves de razón práctica*, n° 184, páginas 19 y 20.

¹¹ *El Viejo Topo*, números 246-247, julio de 2008.

res a la derecha?”. Lo que viene a ser algo así como el colmo del liberalismo paradójico y una acabada expresión de su desenfoque: era transversal entre la izquierda el reconocimiento del éxito del PP en el centro en las elecciones de 2008, incluido Juan Carlos Monedero.

El diagnóstico, pues, fue equivocado y en consecuencia los nuevos procedimientos políticos adoptados y el nuevo liberalismo incorporado no han rendido los beneficios esperados. No podían rendirlos.

Porque, se debe insistir en ello, el éxito electoral de 2011 no se produjo en una circunstancia cualquiera sino de descrédito integral del Gobierno y del socialismo, y para alcanzarlo no se apeló a ninguna novedad explícita en el ideario del PP sino, bien al contrario, a la continuidad con la obra política desarrollada entre 1996 y 2004: “Ya lo hicimos en 1996 y ahora volveremos a hacerlo de igual modo”. Es muy llamativo el hecho de que el porcentaje de voto obtenido por el PP en noviembre de 2011 coincida exactamente, hasta la décima, con el porcentaje obtenido en las elecciones generales de 2000: 30,3 por ciento del censo; 45,2 por ciento del voto a candidaturas.

No hubo en las contiendas electorales de 2011 visibilidad alguna del nuevo liberalismo de 2008, y sí de una tradición de buen gobierno asentada precisamente en lo que se pretendía abandonar y se abandonó a partir de 2012, desconectando al partido de su mejor experiencia, de la que necesitaba para gobernar. Ese contraste entre lo que se mandató al Gobierno y lo que se obtuvo de él, es el origen del profundo desencanto del electorado del Partido Popular, que se ha llevado por delante un poder autonómico y local extraordinariamente valioso, que ha reducido dramáticamente su poder nacional y que ha fracturado el espacio electoral del centro-derecha.

En el Congreso de Valencia –y luego en el Gobierno– hubo, pues, dos decisiones políticas de fondo que deben ser aceptadas tal y como fueron formuladas para poder ser evaluadas adecuadamente: 1) la decisión de “mantener el ser” del Partido Popular *pero* 2) adaptado a la decisión de “cambiar el proceder” del Partido Popular y a un nuevo soporte ideoló-

gico, que apartaba al partido de un liberalismo conservador de raíz clásica y de probada utilidad social para –conservando parcialmente la denominación– hacerlo beber ahora en fuentes ajenas. Y al fondo una idea de centrismo –voluntad de sacar el mayor provecho de las cosas sin prejuicios doctrinarios– que se suponía suficientemente interpretativa de la sociedad española del siglo XXI. Es decir, el Congreso de Valencia cifró el desafío político de romper con unos procedimientos que caracterizaban al PP desde 1989, y de sustituirlos por otros, con la intención de llevar al partido al centro y de obtener y ejercer una mayoría política amplia y duradera para el PP en España. Un partido “grande, unido y de centro”.

Sobre esa opción estratégica es sobre lo que el PP debe reflexionar hoy, sin más polémicas que puedan dificultar esta tarea, aceptando que el propósito era fortalecer al partido, llevarlo al centro, ensanchar su base electoral, corregir la percepción extremista que sufría, romper el aislamiento y fortalecer su presencia en algunas Comunidades Autónomas donde su rendimiento resultaba insuficiente. Se buscaba un partido más grande, más unido y más centrado. Pues bien, ¿es ahora el PP un partido más grande, más unido y más centrado? La respuesta en los tres casos es que no, como muestra cualquier evaluación sintética del periodo 2008-2015.

El partido ha perdido en estos años muchos votos y muchas referencias muy reconocibles, es un partido mucho más débil y desunido, simplemente porque no es posible mantener unido al centro-derecha español –ni a ninguno– alrededor del nuevo liberalismo paradójico, que contradice sus pulsiones más elementales y sus experiencias más exitosas. Y es un partido más extremista en la percepción pública. Las series del CIS que miden la ubicación en la escala ideológica, el prestigio del partido y el de sus líderes son inequívocas y no es necesario pormenorizarlas ahora.

Para recuperar el buen camino, el giro efectuado en el Congreso de Valencia debe ser, primero, identificado y comprendido; luego, rectificado. Giro ideológico y giro político, de ideas y de procedimientos. No para volver a 2008 sino para afrontar la inevitable crisis de 2016 en un momento político de máxima exigencia. Y para eso es indispensable que el partido

recupere su memoria. Que tenga presente su propio relato de estos años, el relato de lo que fue y de por qué lo fue, de lo que es y de por qué lo es. Hay una historia que conocer sobre cómo han ocurrido las cosas, porque lo sucedido es bastante “razonable”, una vez comprendida y asimilada esa historia. Para poder pensar en lo que debe hacer y para poder hacerlo cuanto antes.

PALABRAS CLAVE

PP • España • Elecciones generales

RESUMEN

En el Congreso de Valencia de 2008 el Partido Popular adoptó decisiones de fondo que afectaron gravemente a sus bases ideológicas y a sus procedimientos políticos, partiendo de una interpretación equivocada de los resultados de las elecciones de aquel año y sobre la evolución de las sociedades democráticas avanzadas, que –se decía– exigían una nueva relación, más distante y utilitaria, con los principios políticos. Desde ese momento se ha debilitado su base electoral, se ha fragmentado su espacio político y no se ha producido ninguno de los beneficios esperados. Por puro interés, la conclusión para el PP ha de ser que los principios interesan.

ABSTRACT

In the Popular Party's congress of Valencia in 2008 some fundamental decisions were made which deeply affected its ideological foundations and its political procedures. These were the result of a mistaken interpretation of that year's electoral results and of the evolution of advanced democratic societies which – they said – demanded a new relationship, more distant and utilitarian, with political principles. Ever since that moment, the PP's electoral base has become weaker, its political space has become more fragmented and none of the expected benefits has come to be. On a purely interested consideration, the PP's conclusion should be that principles do matter.